

él, por sus hermanos, por los mismos sacrilegos que osaban profanar la santa morada.

Orando se hallaba, cuando una indisciplinada horda se precipitó en la iglesia dando alaridos, haciendo resonar con impías imprecaciones aquellas bóvedas que tantas veces habian repetido los cantos religiosos y se habian impregnado con los perfumes llegados hasta ellas en alas de las nubes de incienso brotando de los altares.

El religioso se volvió al sentir cerca la turba, é irguiéndose ante ella cuanto era y alzando manos y brazos al cielo como si fuera á fulminar un anatema,

— Donde vais, asesinos? — exclamó. — Donde dirijís los pasos, incendiarios? Aquí está Dios! Abajo las armas! abajo las teas! atrás los réprobos!

Sublime de espresion y admirable de heroismo estaba el sacerdote, pero se le contestó con blasfemias, con insultos y carcajadas.

— Muera el hipócrita! — gritó uno.

Y el martir cayó herido de un balazo en el pecho, tiñendo con su sangre el marmol del altar.

La multitud pasó por encima su cadáver.

Otras varias escenas podríamos referir sucedidas aquella noche, pero bastarán, nos parece, las citadas.

El convento de San Francisco nos espera.

Nos hemos apartado mucho de él y debemos volver puesto que, para completar su historia, es preciso que digamos lo que sus moradores se hicieron.

Al llegar á oídos de los Franciscanos los primeros alaridos populares, al ver los primeros resplandores del incendio que abrasaba sus puertas, los frailes que iban á sentarse á la mesa para cenar, arremolináronse junto al superior en tropel, pálidos, cadavéricos de terror y miedo.

— No temais, — dijo el superior á la comunidad. — Orden! seguidme, pero silencio sobre todo!

Todos bajaron la cabeza y nadie despegó los labios.

El superior empezó á andar.

Siguióle la comunidad en hilera, muda, silenciosa, como si fuera una procesion de fantasmas.

Atravesaron el corredor, el patio, el claustro, varios apartamentos.

Llegaron á un sitio oscuro, á una especie de subterráneo.

El superior mandó desembarazar la entrada de una cueva y un camino oscuro, misterioso, extraño, se presentó á los ojos de la comunidad sorprendida.

El superior fué el primero en penetrar por él.

Todos le siguieron.

Era una cloaca que conducia por bajo la muralla — á la cual estaba pegado el convento — hasta las rocas que bordan la orilla del mar.

Caminaron unos momentos entre tinieblas, pero no tardaron en volver á hallar la dulce y tenue claridad de la estrellada noche.

Al salir de la cloaca, se encontraron pisando rocas. Las mansas aguas venian á besar sus piés gimiendo con melancólico arrullo como si llorasen su infortunio. De cuando en cuando el viento llevaba hasta ellos los sordos alaridos que hacian resonar las calles de la capital.

Los proscritos siguieron su camino por sobre rocas, rozando la muralla y en direccion al fuerte de Atarazanas que se veia no lejos avanzando en el mar su punta como la proa de un navío.

El centinela encargado de la vigilancia en la muralla se sorprendió al ver aquella hilera de sombras que se acercaba.

Inclinóse y gritó.

— Quién vive?

— Los frailes de San Francisco, — contestó el superior con voz débil.

El centinela llamó al cabo de guardia, que no se sorprendió menos al ver á orillas del mar y al pié de las murallas todos aquellos misteriosos bultos.

— Dicen que son los frailes de San Francisco, — exclamó el centinela.

— Pero de dónde diablos vienen? — murmuró el cabo.

— Pasad aviso al gobernador — dijo en esto desde abajo el guardian, — y decidle que nos haga arrimar escaleras para que subamos.

El cabo fué efectivamente á dar conocimiento al gobernador quien en seguida, presentándose en la muralla, mandó arrimar escalas de mano por donde todos los Franciscanos subieron á la fortaleza.

Una vez allí, una vez en salvo, una vez disipados todos sus temores, los pobres proscritos se acordaron que habian abandonado su morada en el momento en que iban á sentarse á la mesa y olvidáronse de su apurada y crítica situacion para dar disposiciones y pedir algo que comer.

Poca provision habia en la cantina y por lo mismo despacháronse dos soldados que no tardaron en volver á la fortaleza cargados de comestibles.

Preparóse, arreglóse una larga mesa en la cantina y los Franciscanos se sentaron á ella.

En el instante en que llevaban su primer bocado á los labios, oyóse un grito agudo muy cercano seguido de una serie de gemidos que iban debilitándose, al mismo tiempo que resonaba el golpe de un cuerpo cayendo en tierra.

Palidieron los frailes.

El guardian mandó un lego para enterarse.

Este volvió y dijo que era un fraile dominico que herido habia traído una patrulla y que acababa de caer muerto á la puerta de la cantina.

Al ver que no tenian nada que temer, los frailes sin contestar llevaron á los labios el bocado que habian suspendido y continuaron comiendo con la mayor tranquilidad y calma, como si tal cosa hubiese sucedido.

Pasmosa sangre fria! Imperturbable egoismo!

Sus hermanos agonizando y ellos comiendo! (1).

No hemos adelantado tanto para quedarnos en mitad del camino. Ya que hemos descrito la horrible noche del 25, y aun no con todos los detalles y colores de que era susceptible, debemos decir algo mas, debemos completar nuestro trabajo y acabar de contar la historia.

Toda la noche continuaron las turbas corriendo por las calles y recorriendo los claustros y corredores de los conventos asaltados, á la luz del incendio, mientras crujian las vigas, mientras se desplomaban las bóvedas y mientras que columnas de humo y torbellinos de llamas se lanzaban á los cielos.

Nueve ó diez frailes fuéron los únicos que en diferentes puntos perecieron á manos de los incendiarios; todos los demas pudieron salvarse hallando generosa acogida en las casas que se presentaron y cuyos vecinos arrostraron la cólera del populacho para ponerles en seguridad.

Muchos fueron los habitantes de Barcelona, es preciso decirlo en su obsequio, que rivalizaron aquella noche en generosidad é hidalguía y dieron á los infortunados fugitivos una hospitalidad que podia costarles bien cara por cierto.

Justo es observar asimismo, la rectitud y la imparcialidad nos obligan á decirlo, que no animaba en manera alguna á la generalidad de los incendiarios la esperanza del pillaje, porque casi todo lo que no devoraron las llamas se encontró intacto en las iglesias y en las celdas.

Por lo demas, ningun convento de monjas sufrió el menor ataque; ningun clérigo un insulto, ni tampoco ninguna de esas feas maldades, que ordinariamente acompañan á semejantes conmociones nocturnas, se cometió en aquella noche; antes por el contrario, muchas casas estaban abiertas sin que nadie recelara ni temiera los insultos ni el saqueo.

Y á fe que todo lo hubieran podido pues Barcelona estuvo, durante toda la noche; á completa merced de las turbas que libres y sin ningun obstáculo recorrian las calles.

(1) El autor sabe esto por un testigo de vista.

Con la primera sonrisa del alba cesó el tumulto.

Hubiérase dicho que, espantados de su propia obra, habian corrido á esconderse los que tomaron parte en el desorden. Alevosos murciélagos, la luz del dia, la luz clara del sol, de aquel sol que se presentaba á iluminar tantos horrores, les hundia en el fondo de sus miserables guaridas de donde solo habian salido para, con reprobacion eterna de los siglos, consumir su obra de sangre, de fuego y de sacrilegio.

Desde el amanecer las calles se poblaron de gente que iba á visitar los estragos, y numerosos piquetes de tropa y milicia cruzaban por todas partes enviados por la autoridad á recoger los frailes que habian logrado encontrar un asilo en las casas de los ciudadanos ó en sus propios conventos, trasladándoles, para su seguridad personal, á los fuertes de la plaza, no sin recibir por el camino groseros insultos del pueblo, que con admirable teson sabia contener á raya, impidiéndole los desmanes, la milicia ciudadana á la que la causa del orden debió mucho en aquellos momentos.

El teniente de Rey Don Joaquin Ayerve estuvo sobre todo admirable. Iba á recoger en persona á los frailes y haciéndoles subir en su coche, él mismo los llevaba á Monjuich ó Atarazanas, arrostrando con serena frente las iras de la muchedumbre.

El nombre de esta celosa autoridad debe haber quedado impreso como un monumento de gratitud en el corazon de casi todos aquellos desgraciados.

Seria faltar á la imparcialidad y rectitud de la historia si no se hiciera notar el silencio mas que extraño que guardó la única autoridad popular, el ayuntamiento de Barcelona, en medio de todas aquellas azarosas circunstancias. Los descendientes de Fivaller, los que se sentaban en aquellas veneradas sillas en que un dia los miembros del famoso *consejo de ciento*, no se presentaron en el momento del peligro, no hicieron oír su voz, ni ensayaron los tan necesarios buenos oficios de una mediacion paternal.

Cerráronse las puertas de la ciudad sin permitir la entrada á la gente del campo, y por aquel dia limitose la autoridad civil á mandar que todos los dueños de fábricas y talleres no los cerrasen por ningun pretexto, bajo la mas severa responsabilidad.

Las monjas, previo el consentimiento de la autoridad eclesiástica, fueron invitadas á retirarse del claustro, con facultad para alojarse en casa de sus parientes ó amigos, y pusieron fuertes guardias en todos los conventos.

Al otro dia, 27, el comandante general de las armas y el gobernador civil, que en la azarosa noche del incendio se habian mantenido bastante pasivos,

si debemos deducirlo de las providencias tomadas, dieron una proclama en la que pintaban la gravedad de los desórdenes y concluía en estos términos:

«Disposiciones fuertes, enérgicas, sin contemplacion ni miramiento á clases ni personas, se seguirán en breve, y la terrible espada de la justicia caerá rápidamente sobre las cabezas de los conspiradores y sus satélites... Los malvados sucumbirán del mismo modo por el peso de la ley en un juicio ejecutivo, que fallará la comision militar, con arreglo á las órdenes vigentes. Al recordarnos la existencia de aquel tribunal de escepcion, es justo advertiros que incurrireis en delito sujeto á su conocimiento, si á las insinuaciones de la autoridad competente no se despeja cualquier grupo que infunda recelo á la misma. El arresto seguirá á la infraccion, el fallo á la culpa, y las lágrimas del arrepentimiento serán una tardía espiacion del crimen.»

Fué esta proclama el anuncio de la llegada de Llauder.

La consternacion se hizo general entonces.

Los términos violentos en que estaba redactada la proclama y las intenciones que se suponian en Llauder aterraron á todos.

Parecia que se trataba de castigar á Barcelona, y Barcelona no era culpada. No lo era, nó.

Los hombres frenéticos que la noche del 25 habian recorrido las calles blandiendo el puñal asesino y la tea incendiaria, no eran habitantes de Barcelona. Muy pocos fueron los que se hicieron notar en las filas del populacho.

Barcelona que era la primera en deplorar la desgracia de los frailes, al verse herida en su amor propio, en su dignidad, en sus nobles sentimientos, se estremeció y lanzó un grito unánime.

El grito de *muera Llauder, muera el tirano!*

El general entró el 27, pero viendo la alarma de los ánimos, se encerró la misma noche, con parte de la tropa con que habia entrado, en la ciudadela de la plaza, de donde salió al amanecer del 28 para Mataró desalojando despues el palacio del que sacó todo su equipaje.

Mientras que estas escenas tenian lugar en Barcelona, hijas todas de la noche del 25, en otros puntos del principado se seguia el movimiento.

Ardian á un tiempo el convento de Recoletos de Riudoms, el precioso monasterio de Benedictinos de San Cucufate del Vallés, y el general Llauder y su comitiva hacian alto en Mongat para contemplar el torrente de llamas que se escapaba del de los Gerónimos de la Murtra. Mas tarde, como si implacable se hubiese dado por todas partes la señal de esterminio, devoraba el incendio el convento de Capuchinos de Mataró, el de la misma orden de Areyns,

otro de Igualada, el monasterio de *Scala Dei* que era el primero y mas rico monasterio de Cartujos en España, y otro de la misma orden, el de Montealegre, colocado como un águila en la cima de una pintoresca montaña.

En el interin la agitacion y la alarma reinaban en Barcelona y el desorden osaba volver á presentar á la luz del dia su monstruosa cabeza.

Diose una orden justísima y acertada por la que quedaba prohibido á toda persona, fuese de la clase que fuere, penetrar en el recinto de convento alguno de la capital, sin espreso permiso de la autoridad competente, añadiendo que el que contraviniera, aun cuando no estrajera efecto alguno de dichos lugares, seria tratado como merece todo el que atenta contra propiedad ajena.

Terrible cadena de sucesos se siguió á la noche del 25.

Barcelona estaba sobre un volcan.

Inquietos, agitados y calenturientos fueron los dias que mediaron hasta el 5 de agosto.

A las diez de la mañana de este dia difundióse la voz de que habia entrado el general Basa con su columna portador de severas órdenes de Llauder para reprimir el movimiento, para con dura mano escarmentar á los que se atreviesen á levantar la frente.

Al esparcirse esta voz, enciéndense los ánimos, óyense en la Rambla gritos de vivas y mueras, parten algunos á la plaza de palacio donde estaba el general, recorren otros los cuarteles, huyen despavoridas las mugeres que van á sus faenas, ciérranse precipitadamente las puertas de las casas y tiendas, y por fin, á las doce del dia, Atarazanas da la señal de alarma con un cañonazo al que responde con su ronco estampido el cañon de la Ciudadela.

Lejos esta señal de atemorizar al pueblo, inflama por el contrario los ánimos. Óyese por todas partes el grito de: *A las armas!* y el movimiento es general. Diríjese la milicia urbana á la plaza de palacio, tambor batiente y banderas desplegadas; avanza la tropa que Basa habia dejado á las puertas de la ciudad, ocupa el edificio de la Lonja, y no hostiliza al pueblo; comisiones del ayuntamiento, de la diputacion provincial, de la milicia, personas respetables suben á palacio para suplicar al general Basa que haga dimision de su cargo, que no anegue en llanto la segunda capital de España; el general resiste, lucha por largo tiempo entre sus deseos como ciudadano y sus deberes como militar, y triunfando por fin la voz de estos últimos, esclama decididamente: *Ó yo ó el pueblo!*

Palabras fatales, palabras temerarias, y, sin embargo, palabras dignas en su posicion.

La respuesta de Basa espárcese con rapidez y con la misma acomete una turba la iglesia de Santa María, escala una tribuna que comunicaba con el palacio del general, precipítase en las habitaciones de este, penetra en el gabinete donde se hallaba, y un pistoletazo tiende sin vida al caballero Basa á los piés de sus inicuos asesinos.

El cadáver es arrojado por el balcon á la plaza, arrastrado por las calles y, como si Barcelona se hubiese convertido en un pueblo de salvajes, quemado y consumido en una pira que se formó con los efectos y papeles de la Delegacion de policia.

Todo esto antes que el ejército pudiera volver en sí de su estupor, antes que la milicia pudiera con su buena mediacion reprimir aquel indigno y bárbaro atentado.

Los hombres honrados de todos los partidos lamentaron aquel funesto acontecimiento. Y cómo no lamentarlo? Mártir de su deber, los militares acababan de perder á un gefe bizarro, los ciudadanos á un hombre de bien.

Entretanto, el populacho se desbanda por las calles y plazas, son acometidas á un tiempo las oficinas de los comisarios de policia, se echa mano de todo lo que se presenta, llueven á la calle legajos y muebles, y se hacen hogueras con todo ello, mientras que otros en la plaza de palacio derriban la estatua de Fernando VII que en actitud humillante para Cataluña hiciera allí colocar Carlos de España.

Desbordado el pueblo, ya no conoce límites, y aprovechándose los malvados de la situacion, reducen por la noche á cenizas la fábrica de vapor llamada de Bonaplata.

No referiremos todo lo que entonces pasó, no es de nuestra incumbencia, pues que solo hemos tratado de manifestar rápidamente la cadena de acontecimientos cuyo primer eslabon fué la noche del 25.

Diremos solo en conclusion que la milicia y los buenos ciudadanos supieron unirse para hacer huir á los que tenian consternada á Barcelona, que se trató de organizar el movimiento, que se le dió un carácter politico, que se nombró una junta ausiliar y consultiva que reasumiera todos los poderes, que esta junta cuidó de poner en seguridad á los frailes, dió todas las disposiciones urgentes que requerian las circunstancias y se puso en contacto con Aragon y Valencia para formar una *confederacion liberal* que tuviese por égida y símbolo el trono de Isabel.

La situacion de Barcelona fué entonces imponente y marca época en su historia aquel período, que hubiera sido mucho mas brillante á no tener que

deplorar los feos delitos por cuyo cenagoso lodo tuvo que arrastrarse una noble causa.

La crisis toda concluyó con el nombramiento del ministerio Mendizabal, y con la llegada de Mina como capitan general del Principado.

